

Sociedades, ambiente y ambientalismos en nuestra América

Guillermo Castro Herrera ¹

RESUMEN

El ambiente es entendido aquí como el producto de las intervenciones humanas en el entorno natural mediante procesos de trabajo socialmente organizados. Esos procesos generan además conflictos ambientales, en la medida en que grupos sociales distintos intentan hacer usos mutuamente excluyentes de un mismo ecosistema. De aquí resulta que toda sociedad tenga un ambiente y una cultura ambiental característicos, desarrollados a lo largo del tiempo. En esta perspectiva, el ambientalismo expresa los valores culturales y las conductas políticas de diferentes grupos sociales, que resultan de las contradicciones inherentes a su papel en la producción del ambiente que todos comparten. En nuestra América, esto ha generado tres tendencias características: una de orden liberal tecnocrático, vinculada a sectores asociados a la promoción del desarrollo sostenible; otra que se asume como ecológica, centrada en los conflictos asociados a la ruptura del metabolismo social de la naturaleza generado por el carácter extractivista de nuestras economías, y una tercera de carácter popular, asociada a sectores indígenas y campesinos que se resisten a la transformación de su patrimonio natural en capital natural, y a grupos populares urbanos que luchan por el acceso a condiciones ambientales de vida como el acceso al agua potable, el saneamiento y el aire limpio.

Palavras-Chave: Ambiente, Ambientalismo, Desarrollo Sostenible, *Sumak Q'awsay*, América Latina.

¹ Doutor em Estudos Latino-Americanos pela Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad del Saber, Clayton, Panamá. loscasloz@gmail.com

LA NATURALEZA, EL AMBIENTE Y EL AMBIENTALISMO

La existencia de la naturaleza precede por miles de millones de años a la del ambiente, que viene a tomar forma a partir del desarrollo de la especie humana, con su capacidad para transformar a la primera de acuerdo a sus necesidades mediante procesos de trabajo socialmente organizados.² Esto implica que diferentes sociedades – y distintos grupos al interior de las mismas – organizan estos procesos de manera diferente. Estas diferencias también llevan al desarrollo de formas peculiares de entender la naturaleza, y de sistemas de conducta correspondientes. Este entendimiento incluye el manejo de los conflictos que surgen cuando grupos sociales distintos intentan hacer usos mutuamente excluyentes de los recursos de un mismo ecosistema, a los que podemos llamar conflictos ambientales³.

A partir de estas premisas podemos entender mejor la creciente conciencia y las preocupaciones en torno a la usualmente llamada crisis ambiental global, que se ve transformada de manera creciente por la acción humana en una tragedia de los bienes comunes de la Humanidad – agua, aire, suelos, energía, y los ecosistemas que proporcionan servicios ecológicos indispensables para la existencia de materia viviente en el Planeta.⁴ El ambientalismo – un rasgo cultural en desarrollo en / desde el mundo Occidental desde mediados del siglo XIX – ha venido a ser, entre fines del XX y comienzos del XXI, tanto una expresión global de la conciencia sobre esta crisis como una suma de movimientos políticos locales que demandan atención y acción ante estos problemas y los conflictos sociales asociados a los mismos.

Este carácter global/local del ambientalismo ayuda a entender las expresiones regionales del mismo. El interés europeo en la ecoeficiencia, por ejemplo, y el norteamericano en la conservación y el control del riesgos y daños ambientales,

² Esto, en una perspectiva muy cercana a los conceptos de biosfera y noosfera elaborados por Vladimir Vernadsky (1938, 1945). Vernadsky considera la biosfera como el área del planeta que contiene a la totalidad de la materia viviente en la Tierra, y a la noosfera como el producto de la transformación de esta materia viviente por los humanos, sobre todo a partir del momento en que nuestra especie adquirió el control del fuego.

³ Tal el caso del pastor Abel y el agricultor Caín, o el de los crecientes conflictos en pueblos originarios y campesinos que cultivan cuencas altas para su subsistencia, y empresas hidroeléctricas que desean crear en esas cuencas reservorios de agua para producir la electricidad que demandan consumidores distantes.

⁴ El *Global Risks Report 2018* del Foro Económico Mundial de Davos identificó tres riesgos asociados al ambiente – eventos naturales extremos, desastres naturales y fracasos en la mitigación y la adaptación ante el cambio climático – entre los cinco riesgos más importantes que la globalización enfrenta en este momento. <https://www.weforum.org/agenda/2018/01/the-biggest-risks-in-2018-will-be-environmental-and-technological/>

coinciden en este panorama general con el peso del legado colonial que aún abruma a los africanos, y con la visión asiática de la cultura de la naturaleza como un componente de una civilización milenaria. El ambientalismo en nuestra América, por su parte, está estrechamente asociado a dos factores contrapuestos. Por un lado, a la visión de la naturaleza como capital natural al servicio del crecimiento económico sostenido y, por otro, a la demanda de justicia ambiental y a un abordaje de los problemas ambientales desde la perspectiva de la ecología política, al servicio de un desarrollo humano sostenible.

NUESTRA AMÉRICA, NUESTRO AMBIENTE

Nuestra América abarca unos 22 millones de kilómetros cuadrados, con una población del orden de 600 millones de personas. El origen esta enorme superficie se remonta a la fractura de la Pangea hace unos 200 millones de años, hasta culminar (de momento) 196 millones de años después con la formación del Istmo de Panamá, que sirve de puente terrestre entre las grandes masas que hoy llamamos Norte y Sur América. En este espacio se ubica una vasta diversidad de ecosistemas, desde los de desiertos extremadamente secos hasta los de bosques húmedos tropicales, y desde humedales marino-costeros hasta zonas de vida a unos cuatro mil metros de altura⁵.

Para comienzos del siglo XXI, los problemas ambientales más visibles en la región incluyen la degradación de suelos en gran escala por erosión y contaminación; la pérdida de bosques por deforestación; el deterioro de humedales y cursos de agua asociado a la contaminación y al incremento sostenido de la demanda de agua; la sobrexplotación y el deterioro de recursos marino – costeros, y el deterioro acelerado de áreas urbanas en constante expansión, que se manifiesta en un incremento en la demanda de servicios básicos – agua, sistemas de saneamiento, energía, y control de emisiones –, que a su vez genera una creciente huella ambiental urbana.⁶ Todo esto se combina con – y es exacerbado por – una combinación de crecimiento económico

⁵ Al respecto, por ejemplo, Burkart, R; Marchetti, B., and Morello, J., 1995: “Grandes ecosistemas de México y Centroamérica” y Morello, Jorge, 1995: “Grandes ecosistemas de Suramérica”.

⁶ Al respecto, por ejemplo, pueden ser consultados los informes GEO LAC 3 (2010) and GEO 5 (2012), elaborados por el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente.

incierto con inequidad social persistente, que tiende a mantener a cerca del 30% de la población en condiciones de pobreza⁷.

Esta situación general tiene su origen histórico en tres procesos distintos, estrechamente relacionados entre sí, que se subsumen el uno en el otro para conformar cuatro áreas socioculturales y una peculiar estructura social y económica. El primero de estos procesos corresponde a *la prolongada presencia de los humanos en el espacio americano*. Este proceso abarca entre quince y veinte mil años durante los cuales – a través de una amplia gama de modalidades de interacción con el entorno natural –, se llegó al desarrollo importantes núcleos de civilización en Mesoamérica, los valles andinos y la costa peruana, que vinieron a ser destruidos a partir de la conquista europea de 1500 – 1550⁸.

El segundo proceso, de mediana duración, se origina con el periodo de control europeo del espacio americano. Ese control operó hasta mediados del siglo XVIII mediante la creación de sociedades tributarias sustentadas en formas no capitalistas de organización social y económica, tales como la comuna indígena, la primogenitura feudal y la gran propiedad eclesiástica. Esto vino a cambiar entre 1750 and 1850, debido en primer término al interés de las monarquías española y portuguesa en incrementar los ingresos provenientes de sus posesiones en América y, después, al interés de los grupos dominantes en esas posesiones en hacerse cargo de esa tarea en su propio beneficio⁹.

⁷ La estructura regional del ingreso concentra entre el 40 y el 47% del ingreso total en el 10% más rico de los individuos, mientras limita al 20% más pobre a entre el 2 y el 4% del ingreso total. De Ferranti, David; Perry, Guillermo E.; Ferreira, Francisco H.G.; Walton, Michael, 2003: 2.

⁸ Estos modos de intervención iban desde la caza y la recolección hasta una agricultura sofisticada. Todos ellos modificaron los sistemas naturales originales, desde la contribución a la extinción de los grandes mamíferos en el periodo inicial de la presencia humana en las Américas hasta el desarrollo de sistemas agrícolas y de manejos del agua muy complejos, y el desarrollo de estructuras urbanas en etapas posteriores.

⁹ A escala global, este proceso de descomposición coincide con el despliegue de la tendencia descrita por Marx en sus *Grundrisse* de 1857 – 1858: “La tendencia a crear el *mercado mundial* está dada directamente en el propio concepto de capital. Todo límite aparece como una barrera a ser superada [...] El *comercio* ya no aparece aquí como una función que toma su lugar entre producciones independientes para el intercambio de sus excedentes, sino más bien como un presupuesto que todo lo abarca y un momento de la producción misma.” Y agrega: “Por el otro lado, la producción de *plusvalía relativa* – esto es, la producción de plusvalía a partir del incremento en el desarrollo de las fuerzas productivas –, requiere la producción de nuevo consumo; requiere que se expanda el círculo del consumo al interior de la circulación, tal como lo hizo previamente el círculo de la producción. En *primer lugar* la expansión cuantitativa del consumo existente; en *segundo*, creación de nuevas necesidades mediante la propagación de las existentes en un amplio círculo; en *tercero*, producción de nuevas necesidades y descubrimiento y creación de nuevos valores de uso. [...] De aquí la exploración de toda la naturaleza para descubrir cualidades nuevas y útiles en las cosas; intercambio universal de los productos de todos los climas y tierras extranjeras; nueva preparación (artificial) de los objetos naturales.” (Marx, 1973: IV, 408 – 409). Traducción: GCH

Las nuevas sociedades que emergieron de este segundo proceso constituyeron cuatro grandes zonas etnoculturales. Una tuvo y tiene un claro carácter *indoamericano*, que le viene de su ubicación en áreas donde convergieron determinados rasgos de la cultura feudal de los conquistadores con los de sociedades tributarias estratificadas y muy jerarquizadas en los mundos mesoamericano y lo cual facilitó el paso a una relación colonial¹⁰.

La importación de esclavos africano para compensar la pérdida de la fuerza de trabajo indígena – en particular en el Caribe y el Nordeste de Brasil –, que se vio acelerada entre fines del siglo XVIII y mediados del XIX ante el incremento de la demanda europea y norteamericana por bienes como el azúcar y el algodón, dio lugar a la formación de una zona *afroamericana*, con características socioculturales y productivas bien diferenciadas.¹¹ A esto cabe agregar tras dos zonas socioculturales: una *mestiza*, con fuerte presencia migratoria europea, en las áreas agrícolas de la cuenca del Plata y el centro de Chile, y un amplio conjunto de regiones interiores que escaparon al control colonial directo y se vieron transformadas en zonas de refugio para poblaciones indígenas, afroamericanas y mestizas, que pasaron a tener relaciones marginales con la economía colonial, primero, y de mercado, después¹².

Estas regiones marginales pasaron a constituir así una vasta frontera de recursos – algunos inexplotados y otros restaurados, como en el caso bosques que volvieron a ocupar áreas previamente cultivadas que fueron despobladas por la conquista. Tales regiones incluyen, por ejemplo, el Darién en Panamá, el Atlántico Mesoamericano, la Amazonía, la Orinoquia y el extremo Sur de Argentina y Chile. Todas ellas pasaron a ser objeto de ocupación por los diversos Estados nacionales que

¹⁰ Al respecto, por ejemplo, Solórzano, Juan Carlos (2011): *América Antigua: los pueblos precolombinos desde el poblamiento original hasta los inicios de la conquista española*. Editorial Universitaria de Costa Rica, sintetiza con especial riqueza esta relación.

¹¹ Diversas fuentes estiman, en términos generales, que unos 10 millones de esclavos fueron importados a las Américas entre los siglos XVI y XIX. El mayor contingente, de unos dos millones de personas, fue importado entre fines del siglo XVIII y la década de 1870, coincidiendo con el auge de la economía de plantación en el Caribe y sus zonas costeras. De aquí que pueda decirse que el Caribe está donde la esclavitud estuvo, y que allí se encuentra el núcleo del espacio afroamericano.

¹² El relato de los viajes de Humboldt por Venezuela, Colombia, Ecuador y Perú entre 1799 y 1803, al igual que el diario de viaje del Beagle (1831-1836), de Charles Darwin, publicado en 1839, contienen valiosa información testimonial sobre estas regiones marginales. El pleno aprovechamiento de estos documentos es aún una tarea pendiente en la historia ambiental latinoamericana.

sustituyeron al dominio colonial europeo, en un proceso ininterrumpido hasta el presente.

Por último, el tercero de los procesos formativos mencionados abarca en lo esencial lo que va de del último cuarto del siglo XIX a fines del XX. A lo largo de este periodo se generaliza la presencia de formas capitalistas de interacción entre los sistemas sociales y naturales, hasta desembocar en una fase de crisis y transición aún en desarrollo. Si bien resulta más breve por comparación con los otros dos ya mencionados, este tercer proceso ha sido mucho más intenso en lo que hace a sus consecuencias sociales, ambientales y políticas. Su momento de origen puede ser remitido a la Reforma Liberal que siguió a las revoluciones de independencia de 1810 – 1825, que hacia 1875 había conseguido crear los mercados de tierra y de trabajo necesarios para abrir paso a la formación de nuevas formas de organización de las relaciones entre las sociedades de nuestra América y su entorno natural.

El núcleo histórico – ambiental de este proceso radica justamente en la relación entre el desarrollo de estos mercados de tierra y de trabajo, y la integración de nuestra América al mercado mundial como proveedora de minerales, alimentos y combustibles fósiles. Ese núcleo histórico aportó una sostenida expansión tecnológica y mercantil a lo largo de la mayor parte del siglo XX – con variaciones de intensidad, como la provocada por la gran crisis de 1929 – 1939 – bajo formas muy diversas de organización política y social, que fueron desde el peonaje semi servil hasta la creación de enclaves capitalistas y la formación de mercados internos protegidos que incluían empresas estatales.

Para el geógrafo chileno Pedro Cunill, entre 1930 y 1990, se hizo evidente en un proceso sostenido de asentamiento en el conjunto de nuestra América una, que dio lugar a una tendencia “persistente” tanto a la creación de “paisajes urbanos consolidados y sub integrados”, como a una creciente “ocupación espontánea de áreas tradicionalmente despobladas”, sobre todo en el interior y en las partes meridionales de Sur América. “Estas transformaciones geo-históricas”, añade, “han puesto fin a la ilusión colectiva de preservar a la América Latina como un todo, un territorio con extensos paisajes virtualmente intocados y recursos naturales ilimitados. (1995: 9) Con

esto llegó el fin del mito de “los ilimitados e inagotables espacios latinoamericanos,” que dejaron de actuar como barreras para el desarrollo económico, dando lugar a vastos procesos de reorganización territorial de las economías y los Estados en nuestra América, que a menudo acentuaron la contradicción entre las mismas con la organización natural de sus respectivos territorios¹³.

Las transformaciones generadas por la combinación del crecimiento urbano con la transformación de las regiones interiores en fronteras de recursos a través la transformación del patrimonio natural de sus pobladores en capital natural de empresas que explotan esos recursos pasaron a ser características de la historia ambiental contemporánea de nuestra América. Estas transformaciones, estrechamente asociada a las estructuras de poder que perpetúan la inequidad del acceso a los frutos del crecimiento económico, está en directa relación con la crisis ambiental en nuestra América y con sus expresiones culturales y políticas, que a su vez definen en múltiples sentidos la participación de la región en la crisis ambiental global.

EL AYER DE MAÑANA: LOS AMBIENTALISMOS DE NUESTRA AMÉRICA

La gestión de los recursos naturales para el progreso económico vino a convertirse en un tema relevante en nuestra América de fines del siglo XVIII en adelante. Para entonces, la creciente expansión y diversificación de la demanda de materias primas por parte del mercado mundial llevó a los terratenientes y comerciantes de la región a explorar y considerar con mayor detalle los recursos naturales a su disposición, y la formas de aprovecharlos de manera más productiva.¹⁴ Con el tiempo, esta aproximación a las relaciones con la naturaleza vendría convertirse en una tendencia característica del ambientalismo latinoamericano, estrechamente asociada con el interés de sectores minoritarios de los sectores

¹³ “Las sociedades nacionales,” agrega, “al configurar sus límites, enmarcados en su evolución histórica, con progresos y contradicciones, han ido incluso más allá de los límites naturales aparentes, que fines de los años cuarenta parecían insuperables, sobre todo en el interior de América del Sur.” (1995: 15)

¹⁴ Un estudio clásico de esta actitud hacia la naturaleza puede encontrarse en Pádua, José Antônio. 2002. *Um sopro de destruição: pensamento político e crítica ambiental no Brasil escravista, 1786-1888*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.

dominantes en ir más allá del extractivismo con el fin de establecer formas más eficientes de crecimiento económico sostenido.

Para la década de 1880, el escritor y político cubano José Martí – tras haber compartido aquella tendencia como un joven intelectual liberal en México y Guatemala entre 1875 y 1877 – debió partir al exilio en Nueva York desde 1881 hasta 1895. Allí, a partir de una constante preocupación por la situación de los campesinos e indígenas de nuestra América, y en diálogo con la obra de autores como Ralph Waldo Emerson y Henry David Thoreau, pasó a construir una visión más centrada en torno a las interacciones – prácticas, históricas y filosóficas – entre los seres humanos y la naturaleza. Esa visión, más cercana en muchos aspectos a las de los indígenas y campesinos de la región que a la de los terratenientes y comerciantes, dio de sí con el tiempo otra tendencia del ambientalismo latinoamericano, de una orientación más popular, asociada además a la demanda de una democracia realmente participativa.

Entre las décadas de 1940 y 1980, por último, tuvo lugar una ampliación de las capas medias profesionales en nuestra América, asociada con la expansión de la educación pública técnica y universitaria, y con la de la demanda de servicios profesionales en agencias estatales – que por entonces incrementaron su participación en la actividad económica – y en un sector privado que prosperaba en mercados protegidos.

Esta clase media profesional generó una tercera tendencia en el ambientalismo latinoamericano, modernizadora y tecnocrática, que operaba en estrecha asociación con – y desde – organismos internacionales como la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), de las Naciones Unidas, el Banco Interamericano de Desarrollo, y entidades privadas como la Fundación Bariloche. Si bien tuvo una limitada influencia dentro de sus propias sociedades, esta modalidad de ambientalismo alcanzó una vasta influencia inicial en los Estados de la región, y vino a contribuir después a la crítica de las políticas ambientales de esos Estados.

Así, por ejemplo, en 1980 la CEPAL publicó una antología en dos volúmenes titulada *Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina* coordinada por el economista chileno Osvaldo Sunkel y el agrónomo Nicolo Gligo, del mismo país. El

libro renovó en la región el interés generado por la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Ambiente Humano, de 1972, y precedió por poco menos de una década el informe *Nuestro Futuro Común* – también conocido como Informe Brundtland, de 1987, que introdujo al debate global el concepto de desarrollo sostenible.

El desarrollo, en efecto, había sido – y sigue siendo, en una importante medida – un concepto central en el debate económico, social y político en nuestra América desde fines de la década de 1940, que hasta la década de 1970 prestó poca atención a los costos ambientales de un crecimiento económico financiado con la extracción masiva de recursos naturales. *Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente* llamó la atención sobre esta dimensión del problema, y proporcionó una valiosa información por entonces poco conocida acerca de los recursos, los problemas y las capacidades de la región con respecto a su ambiente¹⁵.

LA PERSPECTIVA TECNOCRÁTICA

La tendencia que tomó forma a principios de la década de 1980 pasó a fragmentarse en dos ramas distintas en los años subsiguientes. Una de ellas estableció un claro compromiso con un enfoque institucional de corte tecnocrático sobre la dimensión ambiental del desarrollo, primero, y con el crecimiento económico sostenido a partir de la década de 1990. Este sector profesional de capas medias aportó un importante número de especialistas para la organización de Ministerios y Autoridades de Medio Ambiente en toda la región, financiados en importante medida a menudo por entidades como el Banco Interamericano de Desarrollo.

Esos años coincidieron, de múltiples maneras, con dos fenómenos de importancia. Uno fue la expansión ideológica del neoliberalismo en la economía y la política de la región, que dio lugar a la renovación, a una escala sin precedentes, del papel tradicional de nuestra América como proveedor de materias primas, alimentos y energéticos en el mercado mundial. El otro consistió en la organización de complejas

¹⁵ De igual modo, estimuló numerosas contribuciones de gran valor sobre temas ambientales, como el libro en dos volúmenes *El Futuro Ecológico de un Continente. Una visión prospectiva de América Latina*. (Editorial de la Universidad de las Naciones Unidas. El Trimestre Económico. Fondo de Cultura Económica, México. 1995).

estructuras estatales de gestión ambiental, destinadas a la producción de condiciones naturales de producción para la economía global mediante la creación de áreas destinadas a preservar recursos biogenéticos, contribuir a la captura de gases de efecto invernadero o garantizar servicios como la provisión de agua para proyectos hidroeléctricos.

Esto condujo al desarrollo de un ambientalismo tecnocrático centrado en la organización de un mercado de servicios ambientales y la gestión de las condiciones naturales de producción en un creciente número de actividades económicas mediante procesos legislativos y medidas técnicas tales como la aplicación de Estudios de Impacto Ambiental. Este abordaje tecnocrático a la dimensión ambiental del crecimiento económico sostenido, revestido de una pretensión de apoliticidad y de la promoción de la naturaleza como capital natural, ha estado sobre todo a cargo de las entidades estatales de gestión ambiental, en estrecha asociación con organismos financieros y organizaciones no gubernamentales internacionales, los primeros como proveedores de fondos y las segundas de una visión de la naturaleza como un objeto a ser manejado y protegido en aras de un desarrollo sostenible que garantice el crecimiento sostenido.

EL NUEVO SABER AMBIENTAL LATINOAMERICANO

La segunda tendencia del ambientalismo nacido de la clase media profesional desarrolló un cuestionamiento cada vez más agudo al papel del neoliberalismo en las relaciones entre la sociedad y la naturaleza en nuestra América y en el mundo. Ya en 1991, por ejemplo, el mexicano Víctor Toledo y el uruguayo Eduardo Gudynas publicaron en la revista catalana *Ecología Política* (número 3, 1991) los artículos “Modernidad y ecología. La nueva crisis planetaria” y “Una extraña pareja: los ambientalistas y el Estado en América Latina”, respectivamente. Publicaciones como éstas señalaron el comienzo del desarrollo de lo que algunos han llamado “el nuevo saber ambiental latinoamericano”, en el que han tenido especial importancia autores como Enrique Leff, tanto como pensador y escritor como en la promoción de las

contribuciones de otros intelectuales que trabajan en el mismo campo en nuestra América, los Estados Unidos y Europa.

La labor de estos intelectuales ha tenido un importante doble significado. Por un lado, ha facilitado el desarrollo de nuevos enfoques transdisciplinarios a los problemas ambientales de la región, que desbordan la tradicional separación entre las ciencias naturales y sociales, y las Humanidades, para abordar de manera mucho más integral los vínculos entre las sociedades humanas y su entorno natural. A partir de esa innovación, la economía ecológica, la historia ambiental y la ecología política han encontrado un lugar para sí en la cultura ambiental de nuestra América. Por esta vía, además, se ha visto facilitada la tarea de proveer vínculos de un tipo nuevo entre los saberes ambientales de la intelectualidad de capas medias y los de movimientos indígenas y campesinos, proporcionando así un fundamento teórico de alcance universal al estudio, la comprensión y el apoyo a la formación en la región de lo que Joan Martínez Alier llamó la “ecología de los pobres”, que define la tercera gran tendencia en el ambientalismo en nuestra América.

LA ECOLOGÍA POPULAR Y LA ECOLOGÍA POLÍTICA EN NUESTRA AMÉRICA

Como se ha visto, a partir de la década de 1980 fue tomando forma un esfuerzo renovado de los sectores empresariales nacionales y transnacionales, apoyados por los Estados nacionales de la región, encaminado a ocupar y poner al servicio del crecimiento económico sostenido lo que hasta mediados del siglo XX había sido percibido como los “espacios vacíos” de nuestra América. Este proceso generó una ola de conflictos ambientales que, en lo más esencial, enfrentaron a pueblos originarios y campesinos mestizos que defendían lo que consideraban su patrimonio natural, y sectores empresariales -usualmente apoyados por autoridades estatales -que buscaban transformar ese patrimonio en capital natural.

El asesinato del dirigente de los *seringueiros* (recolectores forestales) brasileños Chico Mendes por sicarios al servicio de terratenientes en 1988 señaló la transición desde el conflicto entre grupos sociales por el control de determinados ecosistemas a la confrontación entre culturas y formas de vida antagónicas, que

incluían visiones y prácticas de relación de la sociedad con su entorno natural incompatibles entre sí. Para 2016, el asesinato en Honduras de Berta Cáceres, dirigente la comunidad indígena lenca a manos de sicarios contratados por una corporación privada que había obtenido permiso gubernamental para construir una hidroeléctrica en tierras de la comunidad, señaló no solo la continuidad y amplitud de ese tipo de conflicto, sino además el amplio apoyo regional y global obtenido por el movimiento ambiental popular en nuestra América.

Al propio tiempo, el carácter rural inicial de esta tercera tendencia había venido expandiéndose a zonas urbanas, dando lugar en Cochabamba, Bolivia, a la llamada Guerra del Agua del año 2000, que adquiriría un importante valor simbólico en nuestra América.¹⁶ De hecho, la población urbana de la región había pasado de un 25% en 1925 a un 41.4% in 1950 y un 75.3% en 2000, y se espera que alcance una 82.2% para 2025, comparable ya con los porcentajes esperados para los Norteamérica (83.3%) y Europa (81.3%).¹⁷ Este crecimiento, generado inicialmente por migraciones rurales masivas, se sostiene hoy con un impulso vegetativo asociado a múltiples factores culturales y sociales. Esos factores incluyen, por ejemplo, el hacinamiento de población de escasos ingresos en áreas periféricas con condiciones ambientales deficientes, como el sin acceso a viviendas dignas, agua potable, saneamiento, energía, aire limpio, servicios públicos de salud, educación y seguridad adecuados, y espacios públicos para la vida social¹⁸.

La combinación de la lucha de los trabajadores del campo y de la ciudad por condiciones ambientales básicas para una vida digna ha dado lugar, así, a la formación

¹⁶ La *Guerra del Agua* fue el nombre popular de una serie de protestas ocurridas en Cochabamba, entre los meses de enero y abril de 2000, a partir de la privatización del abastecimiento de agua potable municipal mediante la firma de un contrato entre el gobierno del presidente Hugo Banzar y un consorcio transnacional encabezado por Bechtel en consorcio con las empresas Edison, Politrópolis S.A., A. Petricevich y SOBOCE S.A., y el consorcio español Abengoa S.A.. Poco después surgieron protestas por el aumento de las tarifas del agua en más de un 50 por ciento, los cual llevó "a la declaración de la Ley Marcial y a una represión que dejó al menos un muerto, 121 heridos y 172 detenidos" y, finalmente, a que el gobierno de Bolivia invalidara el contrato con Bechtel. [https://es.wikipedia.org/wiki/Guerra_del_agua_\(Bolivia\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Guerra_del_agua_(Bolivia))

¹⁷ Lattes, Alfredo (2000): "Población urbana y urbanización en América Latina". II Jornadas Iberoamericanas de Urbanismo sobre las Nuevas Tendencias de la Urbanización en América Latina, Quito (Ecuador) 2000. <http://www.flacsoandes.edu.ec/biblio/catalog/resGet.php?resId=19146>

¹⁸ Una discusión bien documentada de este tema puede ser encontrada en Jung Sanghee (2017): "La pobreza urbana de América Latina y los desafíos en la era del desarrollo sustentable". *PORTES*, Revista mexicana de estudios sobre la Cuenca del Pacífico. Tercera época. Volumen 11, Número 21, Enero / Junio de 2017. Colima, México. <http://www.portesasiapacifico.com.mx/revistas/epocaiii/numero21/2.pdf>

de un ambientalismo popular. Si bien ese ambientalismo se encuentra aún en una fase temprana de desarrollo, constituye ya un factor de creciente importancia en la formación y la incidencia de la ecología política latinoamericana. Sus aportes más relevantes han provenído de zonas en las que se han hecho presentes movimientos sociales de honda raíz cultural popular, como el movimiento zapatista en el Sureste de México, con su demanda de Buen Gobierno, y el del Buen Vivir en la región andina.

Ambos son movimientos de base comunitaria, con profundas raíces en las visiones indígenas de las interacciones entre la sociedad y su entorno natural, y opuestos a la teoría y las prácticas del desarrollo, características del liberalismo latinoamericana. Así, por ejemplo, Eduardo Gudynas (2014b) - un reconocido analista del movimiento del Buen Vivir -, señala que sus diversas versiones coinciden en su crítica a “las ideas convencionales del desarrollo que defienden el crecimiento económico perpetuo, obsesionadas con la acumulación material, que celebran la mercantilización de la naturaleza”. Al propio tiempo, dice, comparten una “construcción multicultural” sustentada en la cosmovisión de los pueblos originales, que rompe con los problemas de la modernidad europea y permite la expresión de saberes subordinados y marginados durante largo tiempo, que comparten el reconocimiento de los derechos de la naturaleza y “convierten al ambiente en un sujeto.”

El buen vivir, en todo caso, es aún un concepto en construcción. Para Eduardo Gudynas y Alberto Acosta, ese concepto toma forma a partir del mundo andino e incluso el amazónico, integrando en su desarrollo elementos producidos en otras partes del mundo. De este modo, añaden, el buen vivir ofrece un referente histórico en el mundo indígena y al propio tiempo participa con otras corrientes Occidentales en la defensa de principios que han permanecido subordinados por largo tiempo. Responde, así, “a viejos problemas, tales como salir de la pobreza o conquistar la equidad para todos”, y a otros nuevos “como la pérdida de biodiversidad o el cambio climático global”¹⁹.

¹⁹ Gudynas y Acosta, 2011: “El buen vivir o la disolución de la idea de progreso”. *La Medición del Progreso y del Bienestar. Propuestas desde América Latina*. Mariano Rojas, coordinador. Foro Consultivo Científico y Tecnológico. México, DF.

El desarrollo del buen vivir, por otra parte, comprueba que la ecología de los pobres ha sido, y será, un factor fecundante en el ambientalismo latinoamericano. Ella provee un valioso espacio de encuentro entre los pobres del campo y de la ciudad, entre sí y con sectores de la clase media educada que comparten una preocupación común con la dimensión respecto a la dimensión social de los problemas ambientales de la región. En esta perspectiva, no debería ser motivo de sorpresa el importante papel de dos latinoamericanos provenientes de esa clase media – el cubano Fidel Castro, y el argentino Jorge Bergoglio en su calidad de Papa Francisco – en la tarea de resaltar la gravedad de la crisis ambiental global: el primero, en la Conferencia Mundial sobre Desarrollo Sostenible celebrada en Rio de Janeiro en 1992, donde alertó sobre el riesgo de extinción de la especie humana, y el segundo en su encíclica *Laudato Si'*, de 2015, en la que afirmó la necesidad de entender a la naturaleza como nuestra casa común, y cuidar de ella como colectivo humano.

CULTURA Y POLÍTICA: UN PROBLEMA VITAL EN CONSTRUCCIÓN

Las tres vertientes principales del ambientalismo latinoamericano – la tecnocrática, la científica y cultural de capas medias, y la popular – están hoy bien definidas y establecidas, e interactúan en el desarrollo de las contradicciones que las vinculan entre sí. La tecnocrática, apoyada en el supuesto de que el desarrollo del capitalismo puede ser hecho sostenible – expresada por ejemplo en los llamados Objetivos de Desarrollo Sostenible 2030 – es la más poderosa en este momento del proceso. Al propio tiempo, aun cuando le pueden ser reconocidos muchos pequeños logros e incluso algunos éxitos en materia de políticas públicas, etc., el hecho es que los problemas ambientales de la región no están siendo resueltos. Esto ayuda a entender la vitalidad del nuevo saber ambiental y su crítica del ambientalismo tecnocrático, al igual que el de las múltiples versiones del movimiento del Buen Vivir, que actúa en estrecha interacción en el desarrollo de ese saber, y en su traducción en iniciativas de política.

En la perspectiva del saber ambiental latinoamericano se hace evidente así que, siendo el ambiente una construcción social que opera al interior de la naturaleza,

si deseamos un ambiente distinto debemos crear una sociedad diferente. La identificación de esa diferencia, y de los medios para construirla, se ha convertido ya en un problema central para la ecología política latinoamericana. De momento, el movimiento del Buen Vivir reivindica sobre todo la preservación y ampliación de formas de vida pre capitalistas, utilizando para fines nuevos tecnologías creadas en y para el mundo moderno²⁰.

El problema de organizar la transición hacia un mundo pos capitalista apenas empieza a tomar forma en la región, y requerirá tanto de una ecología de los pobres mucho más madura en las áreas urbanas, y de un compromiso político mucho mayor de los trabajadores intelectuales de capas medias vinculados al ambientalismo. Esa transición, en todo caso, se ha iniciado ya, y ha obtenido algunos logros de importancia, como la desacralización del sistema conceptual construido a partir del siglo XVIII a partir de los binomios de civilización versus barbarie, progreso versus atraso y desarrollo versus subdesarrollo. En el nuevo saber ambiental latinoamericano emerge ya, en efecto, una visión mucho más integrada de las relaciones entre la naturaleza y la sociedad creada por el capitalismo a escala mundial. Esa visión confirma y renueva, a su vez, la forma en que Karl Marx y Friedrich Engels se plantearon este problema en sus años de juventud:

Conocemos sólo una ciencia, la ciencia de la historia. Se puede enfocar la historia desde dos ángulos, se puede dividirla en historia de la naturaleza e historia de los hombres. Sin embargo, las dos son inseparables: mientras existan los hombres, la historia de la naturaleza y la historia de los hombres se condicionan mutuamente. La historia de la naturaleza. llamada ciencia natural. no nos concierne aquí: pero tendremos que examinar la historia de los hombres. dado que casi toda la ideología consiste en una concepción distorsionada de esta historia o en una completa abstracción de ella. La ideología es ella misma tan solo uno de los aspectos de esta historia²¹.

Habiendo dicho esto, conviene notar que el marxismo latinoamericano ha tenido una participación más bien marginal en el desarrollo del ambientalismo en nuestra región. Si bien la discusión de las razones para esto excede el propósito de este artículo, cabe señalar que probablemente incluyan la peculiar distorsión

²⁰ Esto, de un modo que puede recordar la idea asiática de una civilización ecológica que haga uso de la ciencia y la tecnología modernas para renovar valores y prácticas tradicionales

²¹ *The German Ideology*, 1846. <https://www.marxists.org/archive/marx/works/1845/german-ideology/ch01a.htm>. Traducción: GCH.

positivista del marxismo soviético – el más influyente en la región en el siglo XX- a partir de la década de 1920, y su profundo compromiso con el debate entre el progreso y el atraso en nuestros países en términos que excluían las visiones del mundo y las luchas por su patrimonio natural de los movimientos indígenas y campesinos.

Este carácter marginal del marxismo en el debate ambiental latinoamericano constituye un problema de creciente importancia, dado que ese debate incluye las consecuencias ambientales derivadas de las relaciones entre la sociedad y la naturaleza organizadas a partir de las necesidades del mercado y el sistema mundiales organizados creados y desarrollados por el capitalismo a partir del siglo XVI. El desarrollo de un lenguaje propio por nuestro ambientalismo, que facilite y amplíe nuestra interacción con los ambientalimos de otras sociedades con las que compartimos hoy la tragedia de los bienes comunes globales, sólo llegará a expresar de manera adecuada la contribución del ambientalismo latinoamericano a la transición hacia una nueva civilización cuando el desarrollo sostenible venga a expresar el de la especie humana en el marco de su entorno natural. Entonces seremos capaces de desplegar en plenitud todas las herramientas políticas y culturales que hemos venido construyendo a lo largo de nuestra historia.

REFERENCIAS

Comisión de Desarrollo, Medio Ambiente de América Latina, and el Caribe. *Nuestra propia agenda sobre desarrollo y medio ambiente*. Fondo De Cultura Economica USA, 1991.

Castro, Guillermo. "The Environmental Crisis in Latin America." In *Oxford Research Encyclopedia of Latin American History*. 2015.

Grau, Pedro Cunill. *Las transformaciones del espacio geohistórico latinoamericano 1930-1990*. Fondo de Cultura Económica, 2016.

Encíclica, Carta, and Laudato Si. "Del Santo Padre Francisco sobre el cuidado de la casa común." *Roma, La Santa Sede* (2015).

Gallopín, Gilberto Ccomp. *El futuro ecológico de un continente: una visión prospectiva de la América Latina*. No. 502.33 (7/8) FUT. 1995.

Viel, Nicolo Gligo, and Jorge Morello. "Notas sobre la historia ecológica de América Latina." *Estudios internacionales* 13, no. 49 (1980): 112-148.

Gudynas, Eduardo. "Ecologías políticas: Ideas preliminares sobre concepciones, tendencias, renovaciones y opciones latinoamericanas." *Documento de trabajo, CLAES* 72 (2014).

Gudynas, Eduardo. "Buen Vivir: un necesario relanzamiento." *Revista Yachaykuna*, Quito, Ecuador, Instituto Científico de Culturas Indígenas (ICCI), Quito 13 (2010): 40-46.

Gudynas, Eduardo, and Alberto Acosta. "El buen vivir o la disolución de la idea del progreso." *La medición del progreso y del bienestar: propuestas desde América Latina*. Mexico City: Foro Consultivo Científico y Tecnológico (2011).

Gudynas, Eduardo. "Concepciones de la naturaleza y desarrollo en América Latina." *Persona y sociedad* 13, no. 1 (1999): 101-125.

Gudynas, Eduardo. "Los múltiples verdes del ambientalismo latinoamericano." *Nueva Sociedad* 122 (1992): 104-115.

Gudynas, Eduardo. "Una extraña pareja: los ambientalistas y el Estado en América Latina." *Ecología política* (1992): 51-64.

Leff, Enrique. "La complejidad ambiental." *Polis. Revista Latinoamericana* 16 (2007).

Leff, Enrique. *Saber ambiental: sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder*. Siglo xxi, 2002.

Leff, Enrique. "Sociología y ambiente: formación socioeconómica, racionalidad ambiental y transformaciones del conocimiento." *Ciencias sociales y formación ambiental* (1994): 17-84.

Martínez Alier, Joan. *El ecologismo de los pobres: conflictos ambientales y lenguajes de valoración*. No. Sirsi) i9788474267433. 2009.

Alier, Joan Martínez, and Klaus Schlüpmann. *La ecología y la economía*. Cidade do México: Fondo de cultura Económica, 1991.

O'Connor, James R., ed. *Natural causes: Essays in ecological Marxism*. Guilford Press, 1998.

Pádua, José Augusto. *Um sopro de destruição: pensamento político e crítica ambiental no Brasil escravista, 1786-1888*. Zahar, 2002.

Padua, Jose Augusto. "'Annihilating Natural Productions': Nature's Economy, Colonial Crisis and the Origins of Brazilian Political Environmentalism (1786-1810)." *Environment and History* (2000): 255-287.

Solórzano Fonseca, Juan Carlos. "América Antigua. Los pueblos precolombinos desde el poblamiento original hasta los inicios de la conquista española." (2009).

Sunkel, Osvaldo, Nicolo Gligo, and NU CEPAL. "Estilos de desarrollo y medio ambiente en la América Latina." (1980).

Toledo, Víctor M. "Modernidad y ecología. La nueva crisis planetaria." *Ecología política* 3 (1992): 9-22.

Toledo, V. M. "Ecologismo y Ecología Política: la nueva guerra Florida." *revista Nexos* 69 (1983): 14-24.

UNEP. "Global Environment Outlook GEO-6. Regional Assessment for Latin America and the Caribbean." (2016).

Vernadsky, Vladimir I. "The biosphere and the noosphere." *American Scientist* 33, no. 1 (1945): 1-12.

Wallerstein, Immanuel Maurice. *Geopolitics and geoculture: Essays on the changing world-system*. Cambridge University Press, 1991.

Societies, environment and environmentalisms in Latin America

ABSTRACT

The environment is understood here as the product of human interventions in the natural environment through socially organized work processes. These produce also generate environmental conflicts, to the extent that different social groups try to make mutually exclusive uses of the same ecosystem. Every Society has a characteristic environment and environmental culture, developed over time. In this perspective, environmentalism expresses the cultural values and political behaviors of different social groups, which result from the contradictions inherent in their role in the production of the environment that everyone shares. In the Latin America has generated three characteristic trends: firstly, one of a liberal technocratic order, linked to the promotion of sustainable development; secondly, it is assumed as ecological, focused on the conflicts associated with the social metabolism breakdown of nature generated by the extractive nature of our economies, and thirdly, a popular nature, associated with indigenous and peasant sectors, which resists the natural heritage transformation in natural capital, and urban popular groups that fights for accessing environmental living conditions such as: access for drinking water, sanitation and clean air.

Keywords: Environment, Environmentalism, Sustainable Development, Sumak Q'awsay, Latin America.

Recibido: 27/11/2018
Aprobado: 04/01/2019